Apología — Robert Barclay —310-315

tres argumentos

extracto de la Proposición XI § xi, xii, xiii

§ xi. Hay dos poderes o espíritus contrarios: en el poder y espíritu de este mundo el Príncipe de las Tinieblas reina sobre todos los que actúan en ese espíritu y son dirigidos por él; en el poder del Espíritu de Dios, Dios se mueve y reina sobre todos los que actúan en ese Espíritu y son dirigidos por él. Todas las cosas que un hombre piensa o hace, aunque sean espirituales o religiosas en idea o en forma — mientras actúa y se mueve en el espíritu y la voluntad natural y corrupta y no en el Poder de Dios, ese hombre peca en todo y no es aceptado por Dios. Por esta razón "la labranza y la oración del malvado son pecado;"[1] y también cualquier cosa que alguien hace en el Espíritu y poder de Dios, mientras su entendimiento y voluntad sean influidos y movidos por ese Espíritu, incluyendo acciones religiosas, civiles o hasta naturales, todas son aceptables ante Dios, y será bienaventurado en lo que hace.[2]

Basado en esto, queda claro que la objeción de los que dicen que esperan en Dios por medio de su oración y predicación es frívola e irrelevante, porque esperar implica dependencia pasiva en vez de acción. Como ya se demostró, y se demostrará más tarde, la oración y la predicación presuponen que primero se espere en silencio para sentir los movimientos y la influencia del Espíritu que dirige hacia

---

[1] Proverbios 21:4. Tanto en inglés como en latín, Barclay sigue la versión King James: "La labranza del malvado es pecado." Esta traducción de נִיר como "arada, labranza" parece justificada del hebreo, pero no se encuentra en las versiones en español, que generalmente traducen esta palabra como "pensamientos, planes" o como "lámpara," traducción que sigue la Septuaginta y la Vulgata.

[2] Santiago 1:25

esas acciones. Finalmente, en varios de los lugares donde se nos manda a orar, tales como Mateo 26:41; Marcos 13:33; Lucas 21:36; I Pedro 4:7, se menciona primero el velar como preparación para la oración. Por estas razones concluimos con certeza (dado que la espera y el velar se mandan y se recomiendan tan específicamente, y que esto no puede hacerse en verdad excepto en un silencio interior de la mente apartándose de los propios pensamientos e imaginaciones humanas) que este silencio es, y tiene que ser, una parte especial y principal en la adoración de Dios.

§ xii. Segundo, la excelencia de esta espera silente en Dios queda patente porque es imposible que el enemigo, el diablo, la falsifique para decepcionar o engañar al alma mientras la está practicando. En cualquier otro asunto el enemigo puede colarse en la mente natural del hombre, y al transformarse de esta manera puede engañar al alma, ocupándola con cosas que pueden ser inocentes en sí, mientras el diablo impide que el alma vea la Luz pura de Cristo, y que conozca su deber para cumplirlo. Ese espíritu que envidia la eterna felicidad humana bien sabe acomodarse e inventar trampas para toda la gama de disposiciones e inclinaciones de la humanidad. Si se trata de alguien que no es propenso a los pecados ni a las codicias mundanales sino que los rechaza y se inclina a la religión, el diablo puede adaptarse y engañar a esa persona al dejar que la imaginación se le desboque en cuestiones espirituales; de esta manera lo apura a obrar, actuar y meditar por su propia voluntad, porque sabe que mientras el *yo* reine y el Espíritu de Dios no sea el principal actor, esa persona sigue estando dentro* de su alcance. El diablo puede acompañar al sacerdote al altar, al predicador al púlpito, al fanático a sus oraciones, y hasta al doctor y profesor de teología a su estudio y allí con mucho gusto le permite trabajar con sus libros y aun le ayuda a descubrir e inventar distinciones sutiles y nimiedades que pueden impedir que la mente de

ese hombre, y las de otros por medio de él, preste atención a la Luz de Dios en la conciencia y espere en Dios.

El diablo puede entrar y tomar un puesto principal en todas las actividades excepto en esta adoración silente, aunque muchas veces el alma no puede discernirlo. Porque el diablo sólo puede obrar por medio del hombre natural y sus facultades, influyendo clandestinamente en sus imaginaciones y deseos, etc., y por lo tanto cuando el hombre natural se calla, el diablo también tiene que detenerse. Cuando el alma llega a este silencio, y por así decirlo llega a la nada en sus propias obras, el diablo queda excluido; no puede resistir la presencia pura de Dios ni el resplandor de su Luz. Mientras un hombre está pensando y meditando en su propio ser, no puede estar seguro de que el diablo no esté influyéndolo. Pero cuando el hombre llega al silencio total mientras la Luz pura de Dios resplandece en su interior, sí está seguro de que el diablo queda excluido, porque el diablo no puede ir más allá de los procesos naturales de la mente, cosa que hemos conocido por experiencia personal....

§ xiii. Tercero, la excelencia de esta espera silente en Dios resulta evidente porque la malicia de hombres y diablos no puede interrumpirla ni impedirla, cosa que sí pueden hacer con todas las demás formas de adoración. La adoración se interrumpe o se obstaculiza de dos formas: en un caso se nos impide que nos reunamos, por ejemplo separándonos unos de otros exteriormente con violencia, o en otro caso se nos permite reunirnos, pero nos interrumpen con tumulto, ruido y confusión que gente maliciosa usa para molestar y distraernos. En los dos casos nuestra adoración es mucho mejor que todas las demás. En el primero, no importa cuánta distancia nos separe, cuánto se nos impida reunirnos, porque aun así cuando cada cual está recogido interiormente en la medida de vida dentro de sí, hay una unión mística y una hermandad que el diablo y todos sus instrumentos jamás pueden romper ni impedir. En el

segundo caso, tocante a los disturbios que ocurren cuando estamos reunidos, también queda patente que esta adoración verdadera y espiritual tiene ventajas sobre todas las demás formas. A pesar de mil interrupciones y abusos, cualquiera de los cuales habría sido suficiente para impedir el culto de todos los demás tipos de cristianos, la naturaleza de esta adoración nos ha dado la capacidad de mantenerla concentrada en Dios sin interrupción, y al mismo tiempo nos ha permitido ofrecer un ejemplo de nuestra paciencia cristiana que a menudo ha tocado y convencido a nuestros adversarios. Ningún otro tipo de adoración practicado por otros puede continuar (aun cuando se les permita reunirse) a menos que el magistrado los autorice y los proteja o que ellos se defiendan con el brazo carnal. Mientras nosotros seguimos adorando a Dios y soportando con paciencia los vituperios y escarnios que Cristo profetizó caerían sobre los cristianos con tanta frecuencia.

¿Cómo pueden los papistas decir su misa si alguien está allí para molestar e interrumpirlos? Sólo hay que quitarles el misal, el cáliz, la hostia, o las vestimentas del sacerdote; o simplemente derramar el agua o el vino, o apagar las velas (cosa que se puede hacer rápido) y se arruina todo y no se puede ofrecer el sacrificio. Quítale a los luteranos o episcopales su liturgia o Libro de Oración Común y no puede haber servicio alguno. Quítale a los calvinistas, los arminianos, socinianos, independentistas o anabaptistas el púlpito, la Biblia y el reloj de arena, o simplemente haz una gritería tal que no se oiga la voz del predicador, o acósalo antes de llegar, o quítale su Biblia y sus libros, y el predicador tiene que callarse. Todos piensan que es herejía esperar y hablar cuando el Espíritu de Dios da el mensaje, y por lo tanto es fácil arruinar toda su adoración. Pero cuando la gente se reúne y su adoración no depende de esas acciones exteriores, y no depende de que hable una persona específica, sino que simplemente se sientan a esperar en Dios, para ser recogidos fuera de todo lo visible y para

sentir al Señor en el Espíritu, entonces ninguna de estas molestias puede impedir su adoración, y nosotros podemos decir en verdad que somos testigos de esto por experiencia personal.

Cuando los magistrados, incitados por la malicia y envidia de nuestros adversarios, han usado sin éxito todo medio posible para impedir nuestras reuniones; cuando muerte, destierros, cárceles, multas, palizas, flagelaciones y otros inventos diabólicos no han podido aterrorizarnos lo suficiente como para cesar nuestras santas asambleas reunidas abierta y públicamente en lugares alquilados para ese propósito; cuando por medio de profundos sufrimientos hemos reivindicado* nuestra libertad de reunirnos — entonces nuestros adversarios han recurrido a otro método, enviando a la gente más mala y perversa, la escoria de la humanidad, que han tratado de provocarnos, agobiarnos y molestarnos con todo tipo de conducta inhumana, bestial y brutal, pero sin éxito. Sería casi inverosímil describir, y en verdad es una vergüenza decirlo entre personas que pretenden ser cristianos, las cosas de este tipo que he visto con mis propios* ojos y que yo mismo he sufrido junto con otros. A menudo nos han golpeado y nos han echado agua y fango;* han bailado y saltado y cantado, y han dicho todo tipo de palabras groseras e impías; han amenazado con violencia y cometido conducta vergonzosa contra mujeres serias y vírgenes; se han burlado y mofado, preguntándonos "¿todavía no les ha llegado el Espíritu?" y mucho más que sería tedioso relatar aquí. Y mientras todo esto sucedía, nosotros hemos seguido sentados juntos gravemente y en silencio, esperando en el Señor, y estas cosas no han impedido nuestra hermandad interior y espiritual con Dios ni la de los unos con los otros en la pura vida de rectitud. Al contrario, el Señor, quien conoce los insultos y sufrimientos que soportamos por amor a su testimonio, nos ha enviado aun más de su gloria y poder, y nos ha reconfortado grandemente con el sentido de su amor que llenó nuestras

almas, hasta que nos sentimos recogidos al "nombre del Señor," la "torre fuerte" de los justos.[3]

Fuente: Robert Barclay, *Apology for the True Christian Divinity*, Proposition XI § xi, xii, xiii (Glenside PA: Quaker Heritage Press, 2002) pp. 310-315 y Roberti Barclaii, *Teologiae verè Christianae apologia*, facsimile (Amsterdam: Jacob Claus, 1676) pp. 237-340.

[3] Proverbios 18:10 RB